

MANUEL MACHADO Y BURGOS

Por JOSÉ MARÍA ZUGAZAGA
Académico Numerario de la Institución
Fernán González

Conviví con el gran poeta sevillano desde 1936 hasta el 19 de enero de 1947, fecha de su óbito en Madrid.

Don Manuel Machado, que escribió en 1898 en el Hotel Vaugirad de París el celeberrimo poema cidiano "Castilla", nos emocionó a todos los burgaleses adolescentes. Ese poema inspiró al maestro Arámbarri una obra musical de gran factura instrumental y polifónica, estrenada en Bilbao por su Orquesta Municipal el 23 de diciembre de 1941. Siete años después, los días 12, 13 y 14 de marzo, la Orquesta Nacional, bajo la batuta de Ros Marbá interpretó en el Teatro Real de Madrid la briosa obra de Arámbarri...

Unamuno en su prólogo al libro "Alma. Museo. Los Cantares" (1907) muestra su admiración al poema impresionista y dice que le gustaba más el verso "Polvo, sudor y SANGRE", que apareció primeramente antes de ser sustituido el último vocablo por "HIERRO". Eduardo Marquina, poeta catalán, proclamó sus admiraciones ante esa obra antológica y Gerardo Diego en la biografía de Don Manuel expuso la profundidad de tal obra.

El 3 de septiembre de 1981, el diario "ABC" publicó un número monográfico dedicado a Castilla y León, donde el crítico del periódico recogió lo que él denominaba "El rostro literario de Castilla": el paisaje, interpretado bellamente por Antonio, el hermano de Manuel, junto a textos de Unamuno, Ortega y Gasset, "Azorín", Víctor de la Serna, Jorge Guillén, Gerardo Diego y Manuel Machado. De éste, bajo el título "Castilla", aparecían solamente los dos primeros versos del poema cidiano (pág. 72).

“El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas”.

Y luego, en la incoherente transcripción se excluía al Cid, a Castilla, a los guerreros y a la niña sollozante, para colocar en lugar del más vibrante poema debido a la pluma de Don Manuel el que mejor ha descrito a Rodrigo camino del destierro, otros versos de “Antífona”, originales también de don Manuel, versos al margen totalmente del tema. En el garrafal error se mutilaron treinta y dos de los treinta y cuatro versos originales, circunstancia que lamenté con mi viejo amigo y profesor de Literatura, Don Bonifacio Zamora en el Hospital de la Concepción, con evocaciones de Santa Teresa.

Como reparación a Castilla y al Cid, transcribo aquí el poema completo sin mutilaciones:

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas, el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos, lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

“¡Buen Cid! Pasad... El Rey nos dará muerte
arruinará la casa
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El Cielo os colme de venturas...
En nuestro mal, ¡Oh Cid!, no ganáis nada”.

Calla la niña y llora sin gemido...
 Un sollozo infantil cruza la escuadra
 de feroces guerreros,
 y una voz inflexible grita: "¡En marcha!".

El ciego sol, la sed y la fatiga.
 Por la terrible estepa castellana,
 al destierro, con doce de los suyos
 —polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Retrato de mi María mozoaga.

Por el modo cordial, por la verdad sincera,
 por todo lo que es cierto, tiene tanta calma...
 por su palabra clara, noblemente suera...
 por que duerme el noche.. y trabaja de día.
 Por que bebes el agua y amas sencilla mente,
 por que una voz tranquila tienes, y un sobrio gesto..
 Por que abrietas la mano, porque miras de reufo,
 porque leal opinas, porque callas modesto..
 Por que tu vida es pura. Y tu sentir, no fardo;
 porque jamas a pecho te vi al dolor del mundo...
 porque te te valiente sin fuma homicida,
 y la muerte desprecias, pero precias la vida...
 porque aicunpe te he hallado amioo, y no testigo...
 yo te doy el mas dulce de los nombres: Amigo.

— Manuel Machado

Conocí a Don Manuel en julio de 1936. Era yo entonces redactor del diario burgalés "El Castellano". En una luminosa mañana de aquellos días estremecidos por el huracán de la guerra, comentaba con mi viejo amigo Andrés Ruiz Valderrama —luego director de "Diario de Burgos"— las últimas noticias y se abrió lentamente la puerta que comunicaba con la calle de Santander. Entró un caballero vestido elegantemente, con monóculo y un bastón de plateada contera. Preguntó

por Don Francisco Estévez, director del periódico y habló con Martín Garrido, el entrañable poeta "Sagitario" y conmigo... El desconocido caballero, de señoriles ademanes, se presentó a nosotros: estaba en Burgos, como todos los años, para visitar a Sor Carmen, monjita Esclava, hermana de su esposa Eulalia, a quien el matrimonio visitaba todos los años el día de la Virgen del Carmen. Al pretender el regreso a Madrid, el 18 de julio, llegaron tarde a la estación de autobuses, y advirtieron que el vehículo había partido media hora antes, o sea a las ocho de la mañana. Los esposos regresaron a su pensión, en el segundo piso de la Calle de Aparicio y Ruiz número ocho. Al día siguiente estallaba la guerra.

Don Manuel se ofreció a ayudar en el periódico gratuitamente en la confección del mismo. "Sagitario" aceptó la generosa ofrenda y poco después tomaba asiento en la mesa de Redacción el recién llegado. Glosaba a diario con frase breve las noticias que el periódico recibía, pulió algunos textos o crónicas no demasiado bien redactadas y en ocasiones llegó hasta a corregir las pruebas que llegaban a la imprenta.

No podía ni soñar que a partir de entonces surgiría una gran amistad entre el poeta y yo, joven de veintidós años que más de una vez había recitado antes admirativamente el poema "Castilla". El vate, con una arrolladora simpatía, leía con calma mis trabajos en prosa y a veces me sugirió determinadas modificaciones a los mismos, que, como es natural, acepté inmediatamente. En cierta ocasión "Sagitario" componía el Himno de los Boinas Rojas, al que luego puso música Domingo Lázaro Lara y Martín Garrido preguntó a nuestro ilustre acompañante respecto a dos versos del incipiente Himno. Don Manuel hizo una observación casi tímidamente: a su parecer —dijo— había varios vocablos un poco duros y sugirió palabras llenas. Garrido atendió la indicación.

POLEMICA CON MARIANO DARANAS

El 29 de septiembre de 1936 Mariano Daranas publicó en el diario "ABC" de Sevilla una crónica fechada en París, titulada "El comentario de un lírico burócrata". El trabajo era despectivo para Machado, aunque reconocía que se trataba de "un poeta delicado y no exento de gracia y elegancia". Tenía como "leit motiv" las declaraciones que el autor de "Alma" había hecho en Burgos a Mademoiselle Blanche Meris sobre temas literarios, que aparecieron en el diario parisino "Comedia" y Daranas escribía ásperamente contra el poeta. Después de calificarle de "crítico mediocre", escribía: "Machado disertaba en al ciudad del Cid sobre el teatro español y la poesía francesa, no sin cierta egolatría".

Don Manuel contestó en "El Castellano" con elegancia y sin rencor a los injustos ataques de Daranas, éste dio explicaciones y de nuevo

Machado publicó una carta abierta sobre el absurdo incidente provocado por el cronista en París. (De "ABC").

ARCHIVERO EN LA DELEGACION DE HACIENDA EN BURGOS

Al estallar la guerra, Don Manuel era director de la Biblioteca y Museo Municipal de Madrid. Ofreció sus servicios a la Junta Técnica del Estado y el Ayuntamiento de Burgos le adelantó las cantidades mensuales que debía recibir en Madrid, cantidades luego devueltas desde la capital de España, al concluir la guerra. Machado fue nombrado archivero de la Delegación de Hacienda en la Cabeza de Castilla, cargo que desempeñó desde el primero de enero de 1937 hasta el 31 de diciembre de 1938. Allí tenía su despacho, en la calle de San Juan, y muchas veces le visité en el mismo, una de ellas acompañado por Don Bonifacio Zamora.

En la Pensión Filo —Calle Aparicio y Ruiz, ocho— tras el edificio de la Audiencia, junto al Palacio Arzobispal, habitaban trece personas: el matrimonio Machado, Arminán, "El Tebib Arrumi", Belmonte, los tres hermanos Bienvenida, su picador, y su chófer negro, Luis Calvo... Un día, salimos el poeta y yo de la Catedral, por la Puerta de la Pellejería y cruzamos la Llana, para desembocar en Huerto del Rey, frente a la estatua de la Flora. Nos llamó entonces Miguel Espín, compañero también de pensión de Don Manuel, que hizo varias fotos del poeta y su secretario. Una de ellas la recoge Gerardo Diego en su biografía "Manuel Machado, poeta".

AMISTADES BURGALÉSAS DE MANUEL MACHADO

Podría citar muchos nombres. Acaso, los más entrañables fueron Don Bonifacio Zamora —"el padre Zamora", le denominaba cariñosamente Don Manuel, que para su libro "Belisonancias" escribió un prólogo—, Don Julián Lizondo, con el que dialogábamos sobre arte poético; Maese Calvo, que cinceló una sortija en plata con una lira y el escudo de Sevilla, regalo suyo al poeta; "Sagitario", Jesús Bernal, que hizo un retrato a pluma del vate y luego a minutura su "Retrato de José María Zugazaga" en un pergamino; Florentino Martínez Mata... Con este último hicimos un viaje a Madrid, apenas concluida la guerra —eran los primeros días de abril de 1939— y fuimos directamente al domicilio de Antonio Machado, en la calle del general Arondo para recoger los papeles poéticos allí depositados del hermano fallecido. Luego, una vez clasificados, don Manuel me regalaría el original titulado "A la muerte de García Lorca", con varias supresiones e interpolaciones, que figuran en mi archivo madrileño.

BURGOS Y CASTILLA EN LOS VERSOS DE MACHADO

Aparte del famoso poema ya transcrito, cincelado en 1898 en París, don Manuel compuso "Alvar Fáñez" (que apareció por primera vez en "Blanco y Negro", el 13 de febrero de 1904—, donde el sobrino del Cid surge con vigorosas pinceladas:

"Muy leal y muy valiente es lo que fue Minaya,
por eso dél se dice su claro nombre, y basta.
Hería en los más fuertes haces y de más lanzas,
y hasta el codo de sangre de moros chorreaba,
el caballo sudoso, toda roja la espada...

Cuando Ruy le ofrecía su quinta en la ganancia,
tornábase enojado, ni un dinero aceptaba.
Fue embajador del Cid a Alfonso por la gracia...
Mas todos sus discursos fueron estas palabras:
Ganó a Valencia el Cid y os la regala.

Deste buen caballero aquí el decir se acaba;
De Minaya Alvar Fáñez quien quiera saber más,
lea el gran poema que fizo Per Abad
de Rodrigo Ruy Díaz Myo Cid, el de Vivar".

En la Carta de Arras entregada por el Cid a Doña Jimena (19 de julio de 1074) que atesora la Catedral de Burgos, firma, entre otros ilustres caballeros, el sobrino Alvar Fáñez, a quien Menéndez Pidal estima como "el más valioso capitán de la Reconquista, después del Cid, su tío"... El guerrero acompañó al héroe de Vivar camino del destierro y también inspiró a Machado un poema antológico... En julio de 1935, al pasar Don Manuel, con su esposa una semana, escribió el poema titulado "Burgos", que apareció un año después en "Phoenix. Nuevas canciones", lanzado por Ediciones Héroe una semana antes de estallar la guerra civil. Prácticamente desconocido el poema por esas circunstancias, se recogió de nuevo en "Cadencias de cadencias", siete años más tarde. Dice así:

"BURGOS

"De cuando en cuando fuerte campanada
tunde el silencio

.....
Maravillado el Arlanzón, discurre
libre de hielo.

Y en él se miran los añosos chopos
verdes y negros.

Sol en el muro milenario, obra
de medio-evo.

La Catedral, las Huelgas, la Cartuja,
tumbas, conventos...

Ojivas, archivoltas, rosetones
cara a lo eterno.

Armonía de piedra, fortaleza,
torres de ensueño...

Myo Cid Rodrigo... Sueños imperiales
de Alfonso Séptimo.

Castilla de las Navas y el Salado,
sombbras de hierro...

Voz inefable, temerosa, pura
voz del recuerdo.

.....
De cuando en cuando fuerte campanada
tunde el silencio".

La evocación histórica a través de Castilla tiene en ese poema acusado exponente, con hábiles onomatopeyas al principio y al fin de la composición.

En nuestra ciudad escribió Machado durante los treinta y dos meses que permaneció en ella casi las dos terceras partes de los poemas que integran sus "Horas de Oro. Devocionario poético" (1938). Son dignos de mención los poemas religiosos allí recogidos, entre ellos el "Teresa de Jesús", de hondas resonancias clásicas:

"Morir de no morir —¡qué bien decías!—
es mi pena también cuando en ti pienso.
Y contagiado de tu amor inmenso
vivo sin mí cual tú sin ti vivías".

En una carta dirigida a Don Manuel por Fray Bruno de San José le pidió encarecidamente que escribiera la hagiografía de San Juan de la Cruz. Así lo prometió el poeta y en "Horas de Oro" anunció Ruiz Castillo como "en prensa" la aparición del libro, del cual sólo trazó dos cuartillas el poeta, escritas a lápiz, porque, dos meses más tarde dejaba Burgos definitivamente... En "Escorial" aparecerían después (1942, p. 339) su "San Juan de la Cruz, poeta" versos dedicados al autor del "Cántico Espiritual".

Había concluido la guerra y Don Manuel se reintegraba a sus ocupaciones de la Biblioteca Municipal, a la cual tuvimos acceso tras la excelente portada, de Ribera. Hacía allí un frío tremendo, en diciembre de 1939, sin carbón para calentar el despacho y con grandes dificultades para adquirir los más imprescindibles artículos alimenticios.

Buenos amigos burgaleses resolvieron en parte esa preocupación a doña Eulalia Cáceres Sierra, la noble señora esposa del poeta, quien separaba algo apetitoso para el bello felino persa que paseaban indolente junto a la mesa camilla y que inspiró a su dueño "No se libró ni el gato de un soneto", aparecido en "ABC" el 6 de diciembre de 1945.

EL POETA Y EL CARTUJO

Varias veces residí en la celda número 2 de la Cartuja de Miraflores, merced a la amable hospitalidad del Prior, Dom Agustín María Hospital —a quien me presentó el cronista de la provincia de Burgos el bondadoso Don Luciano Huidobro y Serna, erudito escritor—, con el fin de escribir sobre el Monasterio fundado por Juan II y sus monjes. En una de mis estancias, hablé con el prior, culta persona que había sido anteriormente Obispo de China, y le regalé un libro de Don Manuel. El prior me rogó entonces que entregara al vate un rosario de rosas, realizado en la Cartuja, como regalo suyo. Días después, al regresar yo a Madrid, puse en manos de Machado el rosario cartujano, que produjo una indecible emoción al autor de "Alma".

Con este motivo Machado envió inmediatamente al Padre Hospital este soneto (más tarde recogido en el libro "Cadencias de Cadencias"):

A DOM. AGUSTÍN MARÍA HOSPITAL, ILUSTRE PRIOR
DE LA CARTUJA DE MIRAFLORES AGRADECIÉNDOLE EL
PRECIOSO REGALO DE UN ROSARIO DE ROSAS.

Para Manuel Machado un rosario de rosas,
que el aroma conserva de millares de flores
y cantará en sus manos los divinos loores,
porque él ama a María sobre todas las cosas.

¡Cuántas mañanas vivas, cuántas tardes sedosas
de la Santa Cartuja feliz de Miraflores
hicieron de estos rosas olores y colores,
que ahora son del rosario las cuentas primorosas!

Que el camino de Dios es mística y poesía
no es para vos, insigne abad, ningún secreto.
Yo recibo el rosario llorando de alegría.

Y en prenda, que no en pago, de amistad y respeto
—perdón por la miseria—, Manuel Machado envía
para Agustín María Hospital un soneto.

ENTREVISTA DE MANUEL MACHADO Y EL
PRIOR DE LA CARTUJA

...Era un día de octubre pleno de oros y de dulzura. El secretario del poeta llegó a Burgos, procedente de Madrid, para visitar a su anciana Madre, que era una de las grandes ilusiones de su vida. Por la tarde encaminó sus pasos hacia la Cartuja, entre álamos y chopos que expandían firmeza y energía, en una tarde llena de silencios... Dom Agustín María Hospital dijo al viajero sus deseos de conocer personalmente a Don Manuel, a cuyo efecto aprovecharía un viaje que debía realizar próximamente a Madrid, para tratar de temas relacionados con su Orden, de la cual era Visitador General en todo el Orbe. En efecto, dos semanas después el Prior llegaba en un coche a la calle de Churruga, acompañado por mí. Tras la presentación del poeta y de su esposa, doña Eulalia, ésta se retiraba después a sus habitaciones particulares. Yo debía realizar unos trabajos en cierto periódico y salí enseguida a la calle, después de formular mis excusas. Poeta y cartujo dialogaron a solas durante más de una hora y fruto de aquel intenso diálogo entre el vate y el monje fue un trascendente epistolario a lo divino, que algún día aparecerá en una biografía sobre Don Manuel ahora en mi telar, casi concluida.

"ERA OTRA VEZ CASTILLA"

Tenía siempre el vate sevillano en su pensamiento a Castilla y hasta que Dios le llamó a sí hablaba encendidamente y escribió sobre sus hombres más representativos. Al fallecer Don Manuel, aquel hombre bueno, sencillo, cordial, siempre sonriente, Burgos y sus hijos ilustres lloraron su pérdida con gran dolor. A cientos llegaron procedentes de la Ciudad del Cid telegramas y cartas a la viuda, Doña Eulalia. Esta, antes de entregar todos sus bienes a la Congregación italiana de Cottolengo, para que se dedicaran a obras de caridad entre los más menesterosos, e ir ella misma como monjita lega (no aceptó ser abadesa al convento fundado en las Hurdes), tuvo extraordinarios rasgos de delicadeza hacia todos los amigos de Don Manuel. A mí me rogó que aceptara la biblioteca y los escritos de su esposo, así como sus obras de arte, cosa que agradecí infinitamente, aunque estimé que todo debiera ir a Burgos, a la Institución Fernán González... Tras muchos esfuerzos dialécticos, pude al fin convencerla y mi ciudad natal recibió un día la ofrenda de Doña Eulalia Cáceres Sierra, aristócrata dama que falleció en olor de santidad (agosto de 1974), según me comunicaron las monjitas del Cottolengo en Barcelona. Vi a su cabecera, junto a la Cruz, una talla barroca de San Cayetano, el santo de la Providencia, al que tanta devoción tenía Don Manuel. Se la había regalado al autor de "Alvar Fáñez" Don Antonio de Zayas, Duque de Amalfi, poeta parnasiano y diplomático, que me distinguió con su amistad.

Quien nació en el sevillano Palacio de Dueñas, once meses antes que su hermano Antonio, tras una juvenil etapa de vida bohemia, reflejada en "El Mal Poema", confesó luego públicamente su vergüenza por haber escrito esos versos y su arrepentimiento ante los mismos. Era febrero de 1938, bajo los venerables muros de San Telmo, en Sas Sebastián. Su discurso contrito y humilde, fue contestado por otro altísimo poeta, José María Pemán, el autor del "Poema de la Bestia y el Angel", cuyas disertaciones han sido recogidas en "Unos versos, un alma y una época".

Los poemas escritos en Burgos, desde 1936 a 1939, llevan el aroma del arrepentimiento y de la fe, y quien años antes, sin pretenderlo contestaba el "Ars Amandi" de Petronio y a la pagana Roma impregnada de hedonismo y de fango con su "Ars moriendi", sólo confesaba su presentimiento de verdades. Ahora, a la sombra de la Catedral burgalesa, hubo de implorar:

"¡Dame, Señor, la mano, que soy ciego!
Ponme en la senda donde pueda hallarte:
¡Mi Vida, mi Verdad y mi Camino!".

Alcanzó Don Manuel cuanto los griegos denominaban la "sophrosine", o sea la cordura, la inteligencia prudente. Y como vate tuvo la videncia, o sea las intuiciones de Belleza y Verdad que Dios concede a sus elegidos. Por eso Machado nos señaló los caminos a elegir, y entre ellos el de la humildad, que nos hace llegar al Señor si nos despojamos de las soberbias y los egoísmos y sabemos perdonar, para que El nos perdone a nosotros. Yo aquí, y una vez más a lo largo de muchos años, subrayo mi admirativa gratitud hacia mi maestro Don Manuel, quien primero en mis años mozos me aconsejó literariamente y fue para mí como un hermano mayor y luego con su vida y su obra me señaló el camino a seguir. Cuando Dios le llamó, obtuve un hábito franciscano para amortajar a quien descansaba en la tierra con una expresión de inmensa serenidad. Esa serenidad que luego recogería Juan Cristóbal, el autor de la estatua del Cid que hoy ostenta Burgos, al realizar la mascarilla del poeta donada a la Academia Burgense de Historia y Bellas Artes...

TESTIMONIOS Y CONFIDENCIAS

Un domingo burgalés, cuando salíamos a oír misa en la iglesia de San Lorenzo, hablamos entre otros temas sobre Juan Ramón Jiménez. Don Manuel observó entonces que le apreciaba más como prosista que como poeta. Y prorrumpió en admirativas palabras sobre "Platero y yo".

Adquirí en una librería de viejo de la calle Laín Calvo, entre muebles y cachivaches, un ejemplar de "Las Fiestas galantes", de Paul Verlaine, editado por la Librería Fernando Fe en 1908. Mostró Don Manuel su sorpresa al ver la obra en mis manos, y allí escribí enseguida: "Dedico a José María Zugazaga esta traducción *in partibus infidelium* de mi poeta preferido. Con todo el afecto y la alta estimación de su viejo amigo MANUEL MACHADO... Luego explicaba con evanescente sonrisa que él sólo tradujo al español una parte de los poemas que marcó con un aspa. El resto era del poeta francés Paul Fornóv.

El 29 de mayo de 1938 Carmencita Franco ingresó como aspirante de Acción Católica en Burgos. Con este motivo —y es posible que por primera vez en los anales de la Catedral burgalesa— se estrenó en sus silenciosos claustros un Auto Sacramental, original del padre benedictino Lázaro Seco. Don Manuel se encargó de dirigir y preparar a las jóvenes que iban a interpretar la obra. Soy testigo de los apuros del poeta y cierto día me dijo, preocupado: "Esto me cuesta más que escribir un libro, porque no hay en el Auto ni música ni cadencia. Pero acaso si se le da una entonación cálida y elocuente, es posible que consigamos algo". El pintor Eduardo Chicharro trazó los fondos, la escenografía total, hasta diseñó las vestiduras con entusiasmo y maquilló a las noveles artistas, entre las cuales se encontraba la hija del Jefe del Estado. Franco y su esposa mostraron su agrado al final de la obra a Machado y a Chicharro y el Arzobispo, Don Manuel de Castro y Alonso, se mostró emocionado por la velada. Don Manuel diría, horas más tarde, en su domicilio: "Joselito —así me llamaba—, ha salido mucho mejor de cuanto creí. Los versos no eran precisamente de Calderón...".

El gran sonetista, el impecable sonetista por su técnica y su perfecta captación de los temas pictóricos de obras universales que apreciamos en el libro "Apolo" recogió el esplendente Carlos V de Tiziano con unos versos de antología cuyo comienzo era éste:

"El que en Milán damasquinó en oro...".

Posteriormente, en otras ediciones cambio "damasquinó" por "nieló en plata y...". Comenté un día con él que "damasquinó era onomatopéicamente más brillante y musical y entonces repuso: "Es que la damasquina se realiza sólo sobre oro, lo que constituía una redundancia. En cambio, el nielado puede hacerse indistintamente en los dos metales".

MELANCOLIA NOSTALGICA

He llegado al final de mi evocación en mi Burgos amado, donde todo está teñido de melancolía nostálgica, como en una novela de Gabriel Miró. A veces me ha parecido oír por la tarde y a todas horas

bronces de la Catedral convocando a Vísperas, con una sinfonía evocadora de Haendel en su "Alleluia" gozosa al Mesías. En ocasiones pareceme percibir la lenta campanada que tunde el silencio, como en el poema machadiano dedicado a nuestra ciudad. Luego, al reverenciar una vez más a quien en buena hora nació, proclamo mi devoción fraterna y artística a Manuel Machado, que tan magníficamente supo cantar a Castilla, a Rodrigo, y a Burgos.

JOSÉ MARÍA ZUGAZGA MARINA
Académico Numerario de la Institución
Fernán González